

27-FEB-1990

■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Triunfo de Washington

■ Acorralamiento electoral

Encuentro en un libro de Federico Fasano un epígrafe: “no llorar, no reír sino entender”, que se aplica puntualmente a la situación nicaragüense, donde una revolución triunfante ha sido derrotada por su enemigo principal, el gobierno de Washington, y no por el voto de los ciudadanos, que en rigor estricto sólo han tenido, en toda la historia de ese país, dos ocasiones de manifestar libremente su voluntad, y ambas le fueron ofrecidas por el sandinismo. ■ 4

Una década de hostigamiento militar, económico e ideológico ha desgastado a la población, aun a la que con mayor claridad tenía presentes las causas del empobrecimiento actual. Destinar los magros recursos con que cuenta un país explotado no a promover la mejoría de las personas, sino a la defensa, necesarísima para sobrevivir como nación independiente; encauzar a las nuevas generaciones no a su encuentro con la vida, sino a su entrenamiento para matar y morir, no son acciones que a un gobierno le atraigan simpatías. Y menos cuando esa situación se prolonga por años y años, a pesar de todas las concesiones que el sandinismo fue obligándose a asumir para hacerse, sin éxito, perdonar.

En el plano más inmediato, la cuantía de los recursos financieros y técnicos desplegados por la Unión Nacional Opositora resultó abrumadora en la guerra de la propaganda. Y la mayor parte de esos fondos provino de las arcas públicas de Estados Unidos, cuyo gobierno mudó temporalmente su táctica: en vez de sufragar los gastos de la *contra*, que asesina e intimida, cubrió los costos de la campaña de la UNO, de modo abierto, oficial, descarado, como si la elección se realizara en una colonia suya. Si no temiera caer en una generalización abusiva, y por lo tanto injusta, diría que por esa causa muchos votos en favor de la señora Chamorro están impregnados de mercenarismo, de ruin conveniencia oportunista. Pero no debe descalificarse así el resultado electoral, pues si el sandinismo, aunque orillado sin remedio, quiso poner en práctica esas reglas, ahora

tiene el alto deber de hacerles honor. Lo contrario sería suicida, y expondría a la población en general a peligros enormes y avasalladores que no tardarían en actualizarse.

Ante la inexorable derrota, evitemos al menos que las elecciones de Nicaragua se conviertan en un mito hipócrita, que refuerce los panegíricos de ocasión en torno de la democracia. Si en una coyuntura han quedado claros los condicionamientos ilegítimos que limitan la libertad del sufragio, ha sido ésta. No se originaron, por cierto, en el gobierno, que dio una conmovedora muestra de apego a normas que le eran adversas. Muchos le reprocharán que lo haya hecho, y aun lo denostarán por ello. No faltará quien recuerde la sentencia de Luis Cabrera ante la negociación de Ciudad Juárez, en 1911: "Revolución que transa, revolución que pierde". Pero al final quedará

claro que a Nicaragua, al sandinismo, no le era exigible otra conducta. El designio norteamericano se hubiera de todos modos cumplido, ya sea por la fuerza, mediando un baño de sangre, ya sea por el acorralamiento que concluyó en las urnas.

Ahora bien, si se trató en verdad de un triunfo de la democracia, no hay entonces una derrota definitiva para el sandinismo. Será, en la oposición, la fuerza política mayor y mejor organizada de Nicaragua, y su retorno al gobierno, en un plazo que no necesariamente sea el del sexenio formal (pues, más allá de la coyuntura electoral, ¿dónde está la base social y política de la señora Chamorro, que le asegure permanencia y estabilidad?) tendría que ser admitido con entusiasmo semejante al que hoy muestran los cantores de las libertades democráticas.